

Monólogos de Clan

Hoy no los voy a hacer hablar de escollos ni de rema tu propia canoa o Clan tu vida es servir. Es más, hoy ustedes ni van a hablar. Me toca a mí como jefe, en el sentido más autócrata del término, así que vayan bajando sus manitas para tomar la palabra. Cuando se me presentó la disyuntiva de aceptar el cargo de esta sección, pasé una

larga semana

cavilando sobre las implicaciones de tal responsabilidad. ¿Saben por qué acepté ser Jefe de Clan? No, no contesten: porque no lo saben y porque ya les dije que no los

iba dejar hablar. Porque pensaba que de todas las opciones que existen de ser dirigente, ésta era la que menos conflictos me iba a acarrear. Vamos pues: donde más campechanamente la pasaría. Ni tenía que lidiar con señoras histéricas que llegan al Local a reclamarte que su hijito se mancha el uniforme durante las juntas

de Manada y pobre de uno si descuida la

dieta de su bodeque en campamento, ni ser una mezcla de McGyver y la Madre Teresa de Calcuta para andar soportando a una caterva de barbajanes y hormonas alebrestadas, que ni Dios Padre va a convencerme que sea otra cosa la Tropa. No,

me dije, yo no estoy para esos apostolados. Mi carácter no está para misiones civilizadoras. Por eso me aventé como Jefe de Clan, porque creía que trataría con personas más centradas; que la chamba vendría de pechito: revisar planes de adelanto, autorizar proyectos y ver a quién mandaba de servicio al siguiente campamento de Gacelas. Sobre todo, esperaba haberme salvado del trato con los padres de familia; a lo más algo de public relations. ¿No hasta nos recomendaron con el dueño del Atzimba, mesa de pista y atención especial, cuando estábamos viendo la Roca Mujeres? Que compadre del papá y padrino de primera comunión del

nuevo que la semana anterior había ingresado al Clan, que después quién sabe por qué ya nunca regresó, si salió muy bien esa actividad. Bueno, pero todo esto viene al cuento porque quién sabe qué dicen todos ustedes en sus casas, cállense, no me interesa saberlo, que tuve que poner mi cara de imbécil en la taquiza de Grupo, cuando se me acercó la mamá de uno de ustedes, bien seria y preocupada, a decirme si no estaré forzando demasiado a los muchachos: todos los fines de semana se la pasan fuera de casa en actividades de Clan. Que los viernes en la noche ya mejor su hijo se sale con todo y mochila, en la que por cierto nunca le ha visto que meta el uniforme scout, yo todavía explicándole a la señora que en el Clan no es obligatorio usarlo para todas las actividades, y no regresa sino hasta el domingo en la tarde.

Según esto, cada semana alojo a diez tipos en mi casa. "No mamá, es que nos quedamos en casa del jefe". Qué chingones, al menos inviten. Soy su jefe, no su alcahuete.

Breves del Autor

Arturo Reyes Frago

Estudió la carrera de Ciencias de la Comunicación en la UNAM.
 Periodista (Boy) Scout y guionista de historietas (Entre ellas lo fue el *Pájaro Loco*).
 Coordinador del suplemento "La Barda Cultural" del semanario *Objetivo*.
 Redactor de la Revista del Politécnico.